

OTROS LIBROS DEL PASTOR E. VALVERDE, SR.

- Adoradores de la Imagen de Dios o Adoradores de la Imagen de la Bestia
- Autobiografía del Pastor Efraim Valverde Sr.
- Conociendo a Nuestro Enemigo
- Culturas y Tradiciones Latinas
- Cristianos Violentos
- El Espíritu Santo y las Lenguas
- El Diezmo y la Mayordomía Cristiana
- El Divorcio y el Volver a Casarse
- El Tribunal de Cristo
- El Verbo de Dios
- ¿Existe la Trinidad?
- Hijos de Dios, ¿Fantasía o Realidad?
- Himnario "Maranatha"
- La Diferencia entre Teocracia y Democracia
- La Esposa Mujer del Cordero
- La Esperanza de la Resurrección
- La Historia del Moderno Estado de Israel
- La Humanidad del Señor Jesús
- La Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo
- La Importancia del Bautismo en Agua
- Las Inmundicias de Nuestra Carne
- La Maravillosa Gracia de Dios
- La Muerte y los Hijos de Dios
- La Realidad Sobre la Evolución
- La Realidad Sobre el Rapto
- La Unicidad de la Deidad
- Las 70 Semanas de Daniel
- Llamados para Atacar
- Liderato entre el Pueblo de Dios
- ¿Libertad o Libertinaje?
- Los Ciento Cuarenta y Cuatro Mil
- Manifestaciones de los Espíritus
- Ministros del Señor Jesucristo
- ¿Quiénes son Israelitas?
- Saliendo de Babilonia
- Señor Jesucristo Nombre Supremo de Dios
- YHWH, El Nombre Original de Dios
- 666 ¿Literal o Simbólico?

Adoradores de la Imagen de Dios o Adoradores de la Imagen de la Bestia (En este libro de 250 páginas, el Pastor declara la diferencia entre el gobierno de Dios, y del hombre, en la Iglesia del Señor. Reprueba inclusive las fantasías del Futurismo. Refiere también datos históricos que tienen que ver tanto con Israel como con los 20 siglos de existencia de la Iglesia).

Además de los libros descritos, ofrecemos también predicaciones en audiocassetes y videocassetes, tratados, y otra literatura y publicaciones del pastor E. Valverde, Sr. Ofrecemos también un amplio surtido de Biblias y de libros para el estudio de la Palabra de Dios, himnarios, música cristiana, y mucho más. Solicite su pedido a:

LIBRERÍA MARANATHA
P.O. Box 10271-Salinas, Ca 93912
Teléfono: (831) 422-3449 / Fax: (831) 769-0290

Si desea recibir la publicación trimestral, "MARANATHA",
envíenos su domicilio postal y con gusto se lo enviaremos gratuitamente:

NOMBRE: _____
DIRECCIÓN: _____

MINISTERIOS E. VALVERDE
P.O. Box 10271
Salinas, Ca 93912
Teléfonos: (831) 422-5024 y (831) 422-0647
Visítenos en nuestro sitio en el Internet: www.evalverde.com
o escribanos una carta electrónica: evalverde@evalverde.com.

La Esposa, Mujer del Cordero

Pastor E. Valverde, Sr.

SOBRE EL AUTOR



El pastor Efraim Valverde, Sr., inspirado por el Espíritu Santo, ha sido también el autor, a lo largo de medio siglo ya en el ministerio, de otros muchos libros escritos. En ellos diserta sobre temas y verdades de prominencia suprema. Y digo "suprema" porque del conocimiento de tales verdades depende la vida espiritual de los hijos de Dios.

Con un llamamiento no común, este ministro de Jesucristo el Señor, ha presentado al pueblo de Dios-en una forma singular-, tanto por el mensaje hablado como por el escrito, las verdades y misterios que le han sido declarados por el Señor en Su Santa Palabra, la Sagrada Biblia. Para este tiempo y a nivel mundial, los mensajes fruto de este ministerio han causado un impacto positivo en las vidas de muchos entre el *"pueblo de los santos del Altísimo"*(Daniel 7:27).

Por otra parte, en el sentido negativo, el ministerio y los mensajes de este hombre de Dios han provocado grande controversia en el sentir de muchos. Mayormente por cuanto ha sido llamado por el Señor para "afligir a los confortables, y confortar a los afligidos". En este ministro ha operado aquello dicho: *"Las palabras de los sabios son como agujones; y como clavos hincados, las de los maestros de las congregaciones, dadas por un Pastor"* (Eclesiastés 12:11). El propósito principal de este ministerio ha sido el confirmar a los fieles, y sacudir y despertar a todos los que fuere posible de entre un mundo religioso adormecido y ciego. Un mundo donde prevalece un cristianismo anémico y complaciente que vive teniendo *"en poco esta salvación tan grande"* (Hebreos 2:3).

Pastor Efraim Valverde, II

© Publicaciones Maranatha
of the Church of Jesus Christ in the Americas
P.O. Box 10271 Salinas, CA 93912-7271

Tercera Edición

Sagradas Escrituras y enseñar lo que no es real, privando así al cristiano de que mire lo que sí es real.

La “medicina” que en estos mismos días está ya Dios usando en otras partes del mundo “para refinar el oro en Sus hijos”, pronto va a ser también aplicada en estos lugares donde muchos de los cristianos no creen que va a llegar. La libertad y las muchas oportunidades que hoy tenemos muchos cristianos para adorar y servir al Señor, pronto se van a acabar. La abundancia y la holganza material de que muchos de mis hermanos ahora disfrutaban, dentro de un corto tiempo va a ser cosa del pasado, porque van a terminar. ¿Para qué esperar hasta que venga el azote del Padre para obedecer a Su voz? Además el Señor desea que *“las piedras vivas”* que integran hoy *“Jerusalem la celestial”*, brillen aquí delante de los hombres, *“y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mateo 5:16).

Pues precisamente el propósito de Dios al edificar aquí Su Iglesia – *“Jerusalem la celestial”* – ha sido con el fin de que el mundo mire la hermosura y el brillo de “Su oro afinado y de Sus piedras preciosas”. Así como el hombre que tiene tesoros y alhajas de grande precio, no las tiene solamente para que estén guardadas, sino para lucirlas. Hoy nuestro Dios “quiere lucir” Sus joyas, quiere que no solamente el mundo las admire, sino aún también Sus mismos ángeles, quienes así lo desean, las miren (1 Pedro 1:12). Tú y yo, mi hermano(a), somos ese oro afinado, somos esas joyas que luce en Sus manos el Rey de los santos. Reconoce y recuerda que nosotros somos *“como piedras vivas, edificados en una casa espiritual”* (1 Pedro 2:5). Somos *“el edificio, que va creciendo para ser un templo santo en el Señor...para morada de Dios en Espíritu”*. (Efesios 2:21-22).

CONTENIDO

| | Página |
|--|--------|
| Introducción | 5 |
| Las Fantasías y la Realidad | 6 |
| <i>“Las Bodas del Cordero”</i> | 9 |
| ¿Quién es la Esposa, Mujer del Cordero?..... | 12 |
| Las Piedras Preciosas de la Ciudad | 18 |
| El Simbolismo en la Vida Real | 24 |
| Conclusión | 28 |
| Sobre el Autor..... | 31 |

“Y vino a mí uno de los siete ángeles que tenía las siete copas llenas de las siete postreras plagas, y habló conmigo diciendo: Ven acá, yo te mostraré la esposa, mujer del Cordero. Y llevóme en Espíritu a un grande y alto monte, y me mostró la grande ciudad santa de Jerusalem que descendía del cielo de Dios”.

(Apocalipsis 21:9-10)

¿Quieres oír en serio la voz del Señor que hoy te habla aquí? El oír Su voz, y el obedecerla tú sabes muy bien que eso será especial bendición. ¿O prefieres, en cambio, continuar obstinado haciendo oídos sordos a las advertencias del Señor quien con grande amor te habla hoy? ¿Serás tan necio(a) como para seguir exponiéndote al peligro movido por tu holganza, tu sucio orgullo, y tu vanidad? ¿Esperarás hasta que llegue el tiempo (que ya está a las puertas por cierto), en que Dios te castigue por causa de no humillarte, y te vomite de Su boca en una forma definitiva?

Ciertamente que el Espíritu Santo dice también que: *“Ninguno de los impíos entenderá, pero entenderán los entendidos”* (Daniel 12:10). Y consciente de ello lo escribo aquí sabiendo que no son los necios los que habrán de leer estas letras, sino *“los entendidos”*. Sería un absurdo el dirigirme a los que no les importa, por eso me dirijo aquí a mis hermanos, a los que les importa su salvación; a los que les importa agradar al Señor Jesús, nuestro Dios.

Nosotros, los cristianos que vivimos en estos lugares de la Tierra donde aún no ha llegado la persecución y el martirio, tenemos hoy la oportunidad de parte del Señor para ejercitarnos en caminar con Él. Tenemos la oportunidad para que de nuestra propia iniciativa, no forzados por la persecución y el dolor, cultivemos hoy en nuestras vidas esas virtudes divinas que Dios ha depositado en Sus hijos a quienes llama *“piedras vivas”*.

El presente estudio no lo he escrito solamente con el propósito de sacar un tema novedoso, sino para que mi hermano, mi hermana, mi compañero en el ministerio, pueda ver la sutileza con que el engañador puede torcer las

las virtudes y valores espirituales han florecido y abundado. (Esto ha acontecido tanto en Israel como en la Iglesia). El brillo y lustre de las piedras vivas se reaviva y se perfecciona con la prueba que muchos de los hijos de Dios están sufriendo hoy, ahora tanto los perseguidos allá, como los que en enfermedades y diversas aflicciones, duras pruebas y necesidades, están sufriendo aquí.

Conclusión

Si tú, mi hermano(a) amado(a), estás contado entre los que hoy están pasando por el crisol de la dura prueba, el aspecto positivo de este mensaje es para ti, por lo tanto gózate porque eres parte ya del oro fino de *“la ciudad del Dios vivo”*. Alégrate al considerar que eres ya hoy una de las perlas preciosas que integran *“Jerusalem la celestial”*, de *“la esposa, mujer del Cordero”*.

Muchos cristianos han permitido que la felicidad humana, las comodidades, los lujos, los beneficios y aún las riquezas de esta vida aquí, opaquen o apaguen el brillo de sus valores espirituales. ¡Despierta! Si estas cosas te han inducido para este tiempo a vivir una vida religiosa de un cristianismo de apariencia, el Señor a ti te está hablando hoy y te dice: *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de Mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo. Yo te amonesto que de Mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo: Sé pues celoso, y arrepiéntete”* (Apocalipsis 3:15-19).

Introducción

Entre las interpretaciones proféticas antiguas, prevalece popular hasta hoy la idea de que *“la grande ciudad santa de Jerusalem”*, descrita por el esto escribe, habiendo sido instruido en mis principios en tal interpretación, la di por hecho, y durante el curso de muchos años también la enseñé al pueblo de Dios.

Bendigo a mi Dios porque llegó el día en que Él, así como le ha placido revelarme otros misterios maravillosos en Su Palabra, quiso a su tiempo también abrir mi entendimiento para que viera que la interpretación aludida no cabe en lo posible, empezando con el hecho básico e innegable de que: *“La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Corintios 15:50). Y el oro y la plata son corruptibles (1 Pedro 1:18).

En el presente estudio elaboro sobre ésta y otras Escrituras más, y presento también razones irrefutables que reprueban rotundamente la errónea interpretación aludida. Pues las calles de oro y demás piedras preciosas que integran *“Jerusalem la celestial”* (Hebreos 12:22) no son literales. Éstas simbolizan los diferentes valores espirituales, como lo son los frutos del Espíritu que residen en cada *“piedra viva”* (1 Pedro 2:5). Son figurativas de ese *“incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande estima delante de Dios”* (1 Pedro 3:4).

Pido al Señor que lo escrito ilumine las mentes de “los entendidos” para que dejen de estar creyendo en una ensoñación (como el mismo Autor lo hizo por muchos años), y crean a la realidad.

Las Fantasías y la Realidad

Entre el cristianismo moderno, es por lo regular algo común el que los temas escatológicos (proféticos) en la Biblia sean siempre algo que se escucha o se estudia con cierto espíritu de curiosidad; con algo que encierra fantasía. La fantasía y la ficción son hermanas de la mitología, o sea, que se trata de historias o de escritos imaginarios que no son más que eso precisamente: imaginaciones.

A las enseñanzas escatológicas que están en el Libro Santo nunca sería correcto el catalogarlas en el mismo nivel, ni aún en la más mínima forma, pues la maravillosa verdad es que las profecías no son sueños, ni mitologías, ni ficción, ni fantasías, sino las realidades más tremendas que puedan existir en el universo entero. Nuestro Señor Jesucristo mismo lo declaró diciendo: *“El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán”* (Mateo 24:35).

“El dios de este siglo” (2 Corintios 4:4), quien conoce perfectamente la tendencia muy humana a la que he hecho antes referencia, ha usado ésta a un grado máximo en la interpretación y en las declaraciones proféticas bíblicas presentando torcidas éstas en las mentes de quienes no saben, o que no tienen revelación sobre la verdad. El darle curso a las interpretaciones proféticas sin tener revelación divina, y llevados solamente por el espíritu de especulación y de fantasía, ha dado origen siempre, y mayormente en este tiempo que es el último, a doctrinas extravagantes que no engranan con las verdades de Dios.

Una de estas “fantasías cristianas” es la que enseña que *“las bodas del Cordero”* es una fiesta en el cielo en la que hay regalos, comida, intercambio de alhajas entre el novio y

su “brillo espiritual” ha desaparecido. El gemido y el clamor, que son el distintivo de los que están marcados con la marca de Dios (Ezequiel 9:4), son muy escasos hoy en la ciudad del Gran Rey (la Iglesia). Los ayunos y las oraciones de los santos, que son cual perfume agradable que sube delante de la presencia del Eterno (Apocalipsis 5:8), no son cosa común hoy en *“Jerusalem la celestial”*. Pero sobre toda la oposición contraria, *“la ciudad del Dios vivo”* sigue siendo edificada por Aquél quien dijo hace ya más de 19 siglos: *“Y sobre esta Piedra (porque el Señor Jesucristo mismo es ‘la Piedra del ángulo’) edificaré Mi Iglesia”* (Mateo 16:18, Efesios 2:20). Y nada podrá detener la obra del Edificador Eterno quien ha determinado edificar *“Jerusalem la celestial”* para Su gozo y Su gloria.

Durante todas las edades Dios ha usado “elementos químicos” muy especiales para sacar lustre y hacer brillar las piedras vivas de *“Jerusalem la celestial”* y éstas son: la aflicción, el dolor, la prueba, y aún la persecución, el martirio y la misma muerte. Este “tratamiento” ha sido siempre altamente efectivo para curar al pueblo de Dios de las mortíferas enfermedades espirituales como lo son la frivolidad, la mundanalidad y la tibieza. Por eso Pedro apóstol nos dice: *“En lo cual vosotros os alegráis, estando al presente un poco de tiempo afligidos en diversas tentaciones, si es necesario, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece, bien que sea probado con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra, cuando Jesucristo fuere manifestado”* (1 Pe. 1:6-7).

Hoy están nuestros hermanos quienes están sufriendo físicamente, sirviendo al Señor bajo los regímenes de gobiernos opresivos que los afligen y persiguen en todas las formas posibles. En medio de todas esas aflicciones, como ha sucedido en todos los tiempos entre el pueblo de Dios,

cumplimiento de ciertos o cuales ceremoniales, tradiciones o rituales. *“Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, y humildad, y en duro trato del cuerpo; no en alguna honra para el saciar de la carne”* (Colosenses 2:23). Estos satisfacen los sentidos naturales, pero no el alma.

El ministerio profesional de los “asalariados” y de los “renombrados” ha sido el arma más especial del diablo para fomentar a través de los siglos un cristianismo también profesional, entre el cual son muy pocos los que caminan en realidad con el Señor. Ningún cristiano en su juicio normal podrá negar la declaración que estoy haciendo, y a mí me consta personalmente ya por una vida y hasta hoy, al estarme relacionando con mis hermanos en todos los continentes, de unas y otras razas, de unas y otras lenguas, y a través de diferentes organizaciones y grupos religiosos.

Las piedras preciosas de *“Jerusalem la celestial”*, de *“la esposa mujer del Cordero”*, no son precisamente abundantes en el tiempo presente. Y menos lo son en estos lugares de la tierra donde la holgura, la comodidad y la abundancia material han cegado a tal grado a multitudes de profesantes cristianos que los valores espirituales en realidad no existen ya en ellos. Hay un adagio vulgar que dice que: “No todo lo que brilla es oro”. Y así podemos decir también sin temor a equivocarnos que mucho de lo que brilla entre el presente cristianismo es brillo falso, pues no es oro genuino. No es el oro refinado en fuego que quiere el Señor, como lo es la fe que es acrisolada en la dura prueba, en la persecución y aún en la misma muerte.

Las vanidades y las distracciones de este mundo han afectado a muchas de las *“piedras vivas”* al grado de que

la novia, y toda clase de agasajos que son comunes en una boda aquí. Los participantes pasan después a pasearse por las calles de oro de *“Jerusalem la celestial”* donde todo es riquezas, perlas y piedras preciosas. Las mansiones son palacios con jardines con todos los adornos que en este mundo alguien pudiera desear.

A lo dicho se agregan todas aquellas cosas fantásticas y codiciables que pudieren venir a la imaginación ilusoria que apela a los sentidos naturales aquí, y que pone al creyente a soñar en lo irreal para que ignore lo real. El que aquí tiene oro y riquezas espera tener aún más allá; y el que aquí no ha tenido nada, espera entonces ser poseedor de tesoros fabulosos, de oro y de joyas de valores incalculables. Esta “fábula profética” ha dado, inclusive, auge a la enseñanza popularísima que prevalece hoy en nuestros medios y la cual enseña que el cristiano está llamado para estar rodeado de todos los bienes y bendiciones materiales imaginables.

Alguien decía que si hemos de ser tan ricos allá, era justo y correcto el empezar a gozar de lujos y riquezas desde aquí. Es muy posible que lo dicho le suene a alguien como que es una broma sarcástica que no tiene caso el tomarla en serio pero la verdad es lo contrario, pues se trata de una realidad dolorosa que por cierto puede ver, sentir y realizar solamente el cristiano que está despierto espiritualmente.

Son muchos en cambio, y esto más particularmente en estos lugares del mundo donde hay aún holganza física y material, quienes reclamando que son cristianos “que han nacido otra vez”, y no sienten en cambio dolor ni necesidad por el sufrimiento ajeno. Se gozan en sus reuniones religiosas las cuales muchas veces se parecen más bien una

exhibición de modas que un culto de adoración a Dios.

Ministros que se jactan del lujo de su automóvil, de su traje y de su calzado, y a quienes lógicamente hacen competencia para no quedarse atrás; las damas de estas “sociedades cristianas”, con modelos de exhibición de vestidos costosos de las últimas modas, y de peinados ostentosos que son símbolo y gloria de su denominación religiosa a la que a su vez citan con mucho orgullo llamándola: “Nuestra iglesia”. Los trajes chillantes de los predicadores y los laicos, los vestidos lujosos de las damas cristianas con sus arreglos y peinados exóticos, son complementados con las lujosas joyas y anillos en las manos de unos y de otras.

Todas estas extravagancias no provocan ninguna mala conciencia entre los profesantes cristianos que en ellas se ejercitan; pues han sido instruidos y enseñados que esas son las bendiciones para lo cual aquí han sido llamados de Dios el disfrutar. Allí no hay hambre, porque cada reunión con el pretexto que fuere, es un banquete de glotonería en el cual se hace alarde de lujos culinarios. Hay veces y lugares donde el derroche de lujos y comidas es más limitado, mas ésto por causa de que los medios son más limitados también; pero en cambio el espíritu de frivolidad y de alegría de tipo social es el mismo entre los unos y los otros.

Allí en esos ambientes no hay lugar ni para el quebrantamiento en el espíritu, para las lágrimas de gratitud hacia Dios, o para el sentir de compasión y de dolor por las miles de necesidades prevalecientes. El gemido de la oración intercesora ante el Señor en favor de los que sufren, de las viudas, de los huérfanos, etc..., entre el cristianismo elegante descrito, no existe en lo absoluto.

Y así ese grande segmento entre las multitudes del

Entendiendo lo dicho, ahora consideremos qué tan importante es el que reconozcamos cuál es nuestro lugar en “*la ciudad del Dios vivo*”, en “*Jerusalem la celestial*”. Sabiendo ahora cuál es en verdad nuestra parte en relación con esas piedras vivas de valores espirituales que nuestro Dios espera que seamos nosotros, vamos a preocuparnos por hacer todo lo que estuviere a nuestro alcance para hacer feliz a nuestro Padre Celestial.

La “*apariencia de piedad*” y el fingimiento no caben aquí, porque “*Dios no puede ser burlado*” (2 Timoteo 3:5 y Gálatas 6:7). “*Porque Dios mira no lo que el hombre mira; pues que el hombre mira lo que está delante de sus ojos, mas el Señor mira el corazón*” (1 Samuel 16:7). Los valores espirituales son aquellas virtudes espirituales que valen en verdad cuando se viven y se ejercitan con el corazón, con el sentir, “*en espíritu y en verdad*” (Juan 4:24). Por esta razón el apóstol Pedro nos amonesta diciendo: “*Dejando pues toda malicia, y todo engaño, y fingimientos, y envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcáis en salud*” (1 Pedro 2:1-2).

Tanto las palabras del Señor Jesús, como también los consejos y amonestaciones de Sus apóstoles, en lo que toca a la humildad, la sinceridad y todas las demás virtudes similares, nunca han podido ni podrán surtir el efecto deseado entre un cristianismo profesional de tipo social solamente. Y esa apariencia de religiosidad, tanto entre una gran mayoría del ministerio cristiano como entre el pueblo, ha sido por cierto hasta hoy algo muy común. Pues la satisfacción religiosa que muchos de ellos sienten, la basan precisamente en sus respectivas conexiones con la religión tradicional organizada que por lo regular consiste en el

Cordero de Dios, al Señor de la Gloria, al Dios Todopoderoso, con una esposa integrada de piedras y metales finísimos ciertamente, pero fríos y sin vida? Al considerar los razonamientos descritos creo que hasta el más partidario de la popular “fantasía” aquí reprobada, tiene que aceptar que los tesoros que nuestro Dios busca son los sentimientos de amor de Sus santos para Él; las virtudes divinas en Sus hijos, cuales reflejos de Él.

El Simbolismo en la Vida Real

Deseo recordar a mis hermanos y lectores algo que a mí me consta y que muchos lo saben también y esto es, que es fácil disertar sobre algún tema escatológico o alguna otra porción Escritural y no sacarle ninguna enseñanza ni beneficio práctico que aplique a la vida real. Esa actuación es, por cierto, una trampa psicológica muy común, usada por los ministros falsos del cristianismo de apariencia que han aprendido a manipular los sentidos naturales. Estos engañadores usan la misma Palabra de Dios para hacer sentir bien a sus oyentes o lectores, con la lectura y comentario de alguna porción de las Sagradas Escrituras, pero privándolos de la aplicación que para la vida real, ahora natural o espiritual, tuviere aquel pasaje bíblico.

A causa de esto precisamente, son muchos los cristianos que viven en una “anemia espiritual”, puesto que se les mantiene sobreviviendo con una dieta para niños, de leche y de jugo de uva solamente, pero no se les da el alimento sólido que necesitan para afirmarse y ser fuertes espiritualmente. La verdad es, por lo tanto, que la trampa psicológica aludida opera más efectivamente entre los cristianos quienes creen en las interpretaciones de “fantasías cristianas”, una de las cuales es la que en este estudio nos hemos ocupado en reprobar.

profesante cristianismo camina gloriándose en “sus bendiciones” diciendo “*yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa*”, y no puede oír la voz del Señor que le sigue diciendo: “*Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo; yo te amonesto que de Mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas*”. (Apocalipsis 3:17-18). Pues ellos continúan soñando en entrar por las puertas de perlas y en andar por las calles de oro de una ciudad literal compuesta con materiales “*corruptibles*” (1 Pedro 1:18).

“Las Bodas del Cordero”

Me es imperativo el traer a referencia aquí el tema de “*las bodas del Cordero*”, pues desde el preciso momento en que estamos tratando sobre “*la esposa, mujer del Cordero*”, es implícito el tema de las bodas. Así que antes de continuar con la elaboración de nuestro texto bíblico básico (Apocalipsis 21:9), detengámonos primero a considerar la realidad espiritual con relación a “*las bodas del Cordero*”.

El Señor Jesús le dijo a Nicodemo: “*Si os he dicho cosas terrenas, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?*” (Juan 3:12). Con esto el Señor comprueba la realidad que señalo al principio, de que como humanos somos inclinados fácilmente a medir lo espiritual con las medidas físicas, naturales y humanas. “*Las bodas del Cordero*” no son entonces el banquete semi-humano que ya he descrito antes, pues tenemos que empezar con fijarnos primero qué es en realidad una boda.

Humanamente, la boda implica la unión de un hombre y una mujer. Con este propósito básico y fundamental van unidos en la mente al pensar en una boda, los documentos legales, los vestidos, los acompañantes, la comida, el pastel, la ceremonia, los regalos, y más. Pero pregunto: ¿Qué es en realidad la boda? ¿El propósito básico y fundamental de la unión de dos vidas; o todas las demás agregaciones?

En más de alguna ocasión, después de tener y de cumplir con todos los elementos que según nuestra cultura requiere de una boda, el matrimonio ha sido anulado ante la ley. La causa para el anulamiento no ha sido la falta de alguno o de todos los elementos señalados, sino la imposibilidad de parte de los desposados de cumplir con el propósito básico. Por alguna razón física de anomalía sexual en la parte de uno de los desposados, la unión conyugal no se produjo, y ese matrimonio automáticamente ha quedado anulado. Ninguno de los demás requisitos, ni la pompa ni el lujo de la boda valieron en este caso.

La realidad innegable en el caso es, que la boda en sí consiste básicamente en esa unión física de un hombre y de una mujer en la forma que el mismo Señor describe cuando dice: *“Así que, no son ya más dos, sino una carne”* (Marcos 10:8). Entendiendo entonces esta verdad fundamental pasemos ahora a interpretar correctamente el simbolismo de *“las bodas del Cordero”*. Reconociendo primero el hecho de que se trata precisamente de un simbolismo, pues el esposo en este caso es Dios, es el Señor, y la esposa es el pueblo de Dios en conjunto, o sea la Iglesia integrada en el día de la boda por Israel y los gentiles que fuimos salvos.

Es fácil, por lo tanto, el entender que la unión en *“las bodas del Cordero”* es un simbolismo netamente de carácter espiritual, pues la verdad es que Dios no es hombre y Su

espirituales que de acuerdo con las Sagradas Escrituras se pudieren enumerar.

Incluyo a continuación una ilustración que he hecho en público muchas veces al hablar sobre este tema, y lo hago consciente de que el mismo Señor usó siempre ilustraciones, parábolas y alegorías para enfatizar Sus enseñanzas. Si Él en Sus facultades ilimitadas así lo hizo, cuánto más nosotros en nuestras limitaciones necesitamos usar esa forma de enseñanza para reforzar el mensaje. Al tratar pues, sobre *“las bodas del Cordero”*, con la Iglesia como la esposa y el Señor como el Esposo, la ilustración es la siguiente: Hay un joven que desea contraer matrimonio y se le ofrece que se despose con una mujer muy bella. Esa mujer es tan hermosa que no tiene comparación con ninguna otra, desde los cabellos de su cabeza hasta la planta de sus pies es tan perfecta que no se le encuentra defecto alguno. Solamente un problema hay en este caso, y esto es que esa hermosísima mujer es una estatua de oro finísimo. El joven novio, al darse cuenta de esto último, hace entonces lo que cualquier hombre normal en su lugar haría, y rechaza la oferta de unir su vida en matrimonio con esa hermosísima estatua de oro.

La parábola descrita no puede ser reducida a una simple broma, sino que ilustra una tremenda verdad, profunda y seria, que para estas alturas en la lectura de la enseñanza mi estimado lector ya la ha entendido. Pregunto ahora entonces a los cristianos y ministros sinceros quienes han estado enseñando y creyendo la interpretación de esa *“fantasía cristiana”* que aquí me he ocupado en refutar. Entendiendo que ningún hombre con sentido común estaría de acuerdo en unirse en matrimonio con una estatua de oro, ¿por qué los cristianos se empeñan en unir al

celestial" no es, ni nunca pudiera ser solamente un edificio de oro y de piedras preciosas ciertamente, pero literales, frías y sin vida. La ciudad que el apóstol Juan vio descender del cielo de Dios, es *"la esposa, mujer del Cordero"*. Esta mujer simbólica es, declaradamente hablando, el conjunto maravilloso de los amados santos del Dios Altísimo quienes durante todas las edades, hemos seguido y servido a nuestro Señor Jesucristo con un amor y una pasión profunda, intensa e inigualable. Los diferentes metales y piedras preciosas que integran esa ciudad maravillosa, *"Jerusalem la celestial"*, son entonces las diferentes gracias y virtudes que hay en la vida individual de cada hijo e hija de Dios. Éstos a su vez somos el conjunto universal de los santos del Altísimo: La esposa, quienes en todo lugar y en todas las edades hemos amado y servido al Señor Jesús nuestro Dios, el Esposo Amado.

Por eso dice, inclusive, hablando del atavío natural exterior de las mujeres cristianas: *"El adorno de las cuales no sea exterior, con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas; sino el hombre del corazón que está encubierto, en incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande estima delante de Dios"* (1 Pedro 3:3-4). Si eso es lo que más vale para Dios en las mujeres cristianas aquí, ¿cuánto más en la mujer simbólica que es *"la esposa, mujer del Cordero?"* El oro, jaspe, zafiro, calcedonio, esmeralda, sardónica, sardio, crisólito, berilo, topacio, crisoprasso, jacinto, amatista y las perlas, son el equivalente espiritual del *"amor, caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza"* (Gálatas 5:22-23); *"paciencia, prueba, esperanza"* (Romanos 5:3-4); *"sabiduría, pureza, modestia, misericordia, sinceridad, justicia"* (Santiago 3:17); pureza de corazón, humildad, obediencia, amor fraternal y todas las demás virtudes y valores

pueblo no es una mujer. Mas así como se une aquí en una boda un hombre y una mujer, *"para siempre"*, mientras viven, así nos dice la Escritura que nosotros, Su pueblo, *"seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor"* (1 Tesalonicenses 4:17).

Así como es lógico para el novio que su anhelo mayor en la boda sea el tener con él a su amada, y para la novia su sueño supremo es estar en los brazos de su amado, la gloria del Señor en ese día es: *"El ser glorificado en Sus santos"* (2 Tesalonicenses 1:10), y la gloria de Su pueblo es ahora el *"estar siempre"* con el Señor. Esta es la boda simbólica de que el Espíritu Santo aquí habla diciéndonos: *"Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque son venidas las bodas del Cordero, y Su esposa se ha aparejado. Y le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante: porque el lino fino son las justificaciones de los santos"* (Apocalipsis 19:7-8).

Esto no es fantasía, antes esta es precisamente la esperanza maravillosa y suprema de los santos (Tito 2:13). Creo que para el cristiano serio y espiritual que reconoce el razonamiento lógico y formal de la Palabra de Dios, la explicación aquí hecha va a ser aceptada como una verdad que satisface a su espíritu. Pues por la otra parte ha podido ya considerar que la interpretación exótica y de fantasías que es tan común hoy entre el cristianismo que nos rodea, es algo que no engrana en verdad con la esperanza seria de los verdaderos hijos de Dios.

El simbolismo profundo y sublime de *"las bodas del Cordero"* encierra en verdad algo mucho más valioso que todos los objetos de lujos y de riquezas que las bodas de *"la fantasía cristiana"* implica. Pues describe en una forma en

que solamente el hijo verdadero de Dios lo puede entender, el amor mutuo e incomparable que existe entre el Señor y Sus santos. De ese amor, el cual al hombre natural le es imposible el poder comprender, nos habla el Espíritu Santo cuando dice: *“Si diese el hombre toda la hacienda de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarán”* (Cantares 8:7).

Pablo apóstol, por su parte, nos habla de esa relación entre el Esposo (el Señor) y la esposa (la Iglesia) que ha principiado ya desde aquí, con la Iglesia mostrando con su sujeción completa su profundo amor para el Señor, y el amor sublime de Él para Su Iglesia mostrado al ir hasta la cruz por ella. Pues dice que: *“Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla limpiándola en el lavacro del agua por la Palabra, para presentársela gloriosa para Sí, una iglesia que no tuviere mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha”*. (Efesios 5:25-27). Porque *“el lino fino* (del vestido de esa esposa simbólica) *son las justificaciones de los santos”*. (Apocalipsis 19:8), y ese vestido hay que empezar a vestirlo desde aquí ahora, viviendo una vida cristiana no de fantasía, sino real.

¿Quién es la Esposa, Mujer del Cordero?

Habiendo considerado ya la realidad sobre *“las bodas del Cordero”*, hemos comprobado también algo en lo que todo el cristianismo está de acuerdo, y esto es, que la Iglesia es la esposa del Cordero. Mas volviendo otra vez al tema de las interpretaciones de fantasías entre los cristianos, fijémosnos ahora que en lo que toca a la definición específica de, ¿quién es la esposa?, hay una contradicción tremenda.

Es muy fácil jugar en nuestra mente con la pregunta,

cuales buscan y desean el disfrutar no solamente los hijos de Dios sino todos los seres humanos, son precisamente lo señalado ya: valores espirituales que no se pueden comprar ni adquirir con precios o cosas materiales. El humano que los posee es feliz aquí, mas el que no los tiene, su vida es hoy una vida infeliz y miserable no importa que fuere dueño de palacios, riquezas y tesoros mil. Por cierto que es aquí en donde cabe mencionar el privilegio único de los hijos de Dios, quienes somos poseedores hoy del tesoro supremamente sublime, incomparable y maravilloso como lo es el amor santo y la gracia redentora de que nos ha hecho participantes nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo el Señor. Pues aún, cuando el hombre no tuviere ninguno de los demás tesoros espirituales enumerados, el amor de su Dios, su Padre, su Señor y Maestro, es más que suficiente para hacerlo aquí feliz. ¡Cuánto más, cuando el humano es poseedor de ambas cosas!

Para Dios, por la otra parte, no hay en toda la creación y en el universo entero, algo que se pueda comparar con el amor profundo, ferviente e intenso de Sus hijos que aquí hemos aprendido a amarle a Él más que a todos y todas las cosas. No hay holocausto ni ofrenda mayor para el Eterno que la vida limpia, humilde y sincera de Sus hijos quienes aquí, en medio de las situaciones que fuere, le adoramos y le servimos con todas las fuerzas de nuestro ser. Las oraciones, ayunos, lágrimas y alabanzas de estos tesoros especiales para Dios como lo somos Sus santos, son cual *“copas de oro llenas de perfumes”*. (Apocalipsis 5:8) para *“el Señor de gloria”*. Entendemos, por tanto, que para Dios lo que vale en realidad no son las cosas materiales de este *“reino móvil”* temporal y pasajero, sino los valores espirituales que son eternos.

“La esposa del Cordero”, la ciudad de “Jerusalem la

Al interpretar correctamente la Palabra de Dios, tanto en lo que se refiere a profecías como a doctrinas, tenemos que tomar en cuenta la realidad de la vida razonando con cuidado para que ésta no se contradiga o quede desconectada de la interpretación correspondiente. Pues ni Dios ni Su Palabra pueden ser inconsistentes, sino que todo lo que está escrito en el Libro Santo tiene invariablemente que estar conectado con la realidad de la vida aquí. De no ser así, la Biblia sería en todo caso una bonita obra literaria, una novela mitológica de ficción y fantasías muy hermosas ciertamente, pero irreales, y eso no puede ser cuando se trata de la Palabra de Dios.

Vuelvo por tanto, otra vez a enfatizar la idea sobre qué es en realidad lo que para nosotros los humanos vale más aquí en esta vida, enumerando a continuación algunos de los valores y riquezas espirituales que hoy no se pueden comprar con oro (dinero): (1) El amor dulce e intenso de una esposa fiel y cariñosa, es la felicidad suprema para un hombre. (2) El amor fuerte y leal del hombre para su esposa, es para esa mujer su mayor tesoro. (3) El amor profundo e incondicional de una madre, es para el hijo o la hija un tesoro incomparable que constituye, inclusive, parte aun de su misma vida. (4) El amor firme y protector de un padre cariñoso y consejero fiel, es de un valor para lo cual no hay sustituto en la vida de los hijos. (5) La demostración dulce y cariñosa de una hija, es para su padre y para su madre algo más especial que el de las piedras más valiosas. (6) Las acciones cariñosas y la veneración reverente de un hijo que ama y honra a sus padres, es para éstos un tesoro que enriquece sus almas. (7) ¿Y qué pudiéramos decir del amor entrañable de un hermano, o de la amistad limpia y sincera de un amigo y compañero fiel?

Todos estos valores espirituales incomparables, los

¿quién es la esposa del Cordero? Y contestarnos que es la Iglesia y así dejar la respuesta hasta allí nomás. Pues la imaginación humana nuestra se encarga de llenar en el caso, aun inconscientemente, los vacíos que hubiere pendientes y así, casi como si fuera ya de hecho, mira en su mente las bodas en el cielo y en días aparece delante del Señor una mujer muy hermosa, vestida con un largo vestido blanco, con su corona y con su velo. Pero, pregunto: ¿Es esa la interpretación real? Creo que otra vez aquí, como lo debiéramos de hacer siempre, nos conviene hacer a un lado “las fantasías y la ficción cristiana” y fijarnos bien en lo que dice realmente la Palabra de Dios.

Desde aquí empiezo a advertir algo que a continuación trataré de hacer más claro, y esto es que lo que es de valor en el reino espiritual no puede medirse con lo que se considera de valor en el mundo de la materia. Una cosa es el reino “*de las cosas movibles*”, y otra cosa muy distinta es “*el reino inmóvil*” (Hebreos 12:27-28). Todo lo que hoy vemos y apreciamos con nuestros sentidos naturales es temporal, es pasajero, se va a terminar. Lo que hoy no podemos ver ni apreciar con los sentidos naturales, como lo son las promesas maravillosas de Dios en Su Palabra eso es eterno (2 Corintios 4:18). “*La esposa, mujer del Cordero*”, por lo tanto, no es una mujer en el sentido literal de la palabra, pues repito que ello es un simbolismo.

En todo el capítulo 21 de Apocalipsis nos habla el apóstol Juan, en su revelación, de una ciudad maravillosa descrita como algo supremo tanto en hermosura como en riquezas. Mucho se ha hablado y tratado entre el cristianismo sobre los diferentes aspectos de esta gloriosa ciudad. Muchos cantos e himnos se han compuesto en el transcurso de los siglos que hacen mención de esta ciudad compuesta de oro y de perlas, y de toda clase de piedras preciosas.

Movidos, por tanto, por el espíritu de la “fantasía cristiana” que ya bastante he mencionado, muchos son los millones de cristianos que se han paseado una y muchas veces en su imaginación por las calles de oro de la ciudad celestial. Muchos son los predicadores que yo mismo he oído muchas veces, que electrifican a los oyentes hablando del oro, perlas y piedras preciosas de las que en esa maravillosa ciudad vamos a disfrutar los redimidos.

Es cierto que dice en Apocalipsis 21:18-21, que: *“El material de su muro (de la ciudad) era de jaspe, mas la ciudad era de oro puro semejante al vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardónica; el sexto, sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisoprasso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. Y las doce puertas eran doce perlas, en cada una, una; cada puerta era de una perla. Y la plaza de la ciudad era de oro puro como vidrio transparente”*. Pero ahora yo pregunto: ¿Son literales todas estas riquezas? ¿Es el oro de la ciudad celestial oro como el oro de aquí? ¿Son las perlas y las piedras preciosas literales?

Fijémonos bien lo que dice la Escritura: *“Y yo Juan vi la santa ciudad, Jerusalem nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido... Y vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete postreras plagas, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la esposa, mujer del Cordero. Y llevóme en Espíritu a un grande y alto monte, y me mostró la grande ciudad santa de Jerusalem, que descendía del cielo de Dios”* (Apocalipsis 21:2 y 9-10).

En estas dos partes del mismo capítulo se enfatiza el

lugar a dudas, cuáles son los verdaderos “metales y piedras preciosas” que en verdad valen para Dios. Pues nos declara que el *“oro refinado”* que hay en cada una de las *“piedras vivas de la casa espiritual”* (1 Pedro 2:5), y el cual es como valiosísimo tesoro para el Señor, no es oro literal corruptible, sino nuestra preciosa fe. Que *“el vestido de lino fino, limpio y brillante”*, no es una tela material de gran valor literal, sino *“las justificaciones de los santos”* (Apocalipsis 19:8).

Cabe aquí citar la verdad innegable que opera invariablemente en nuestras vidas y ésta es, que aun en nuestra presente humanidad las cosas que más valor tienen para nosotros, no son el oro y las riquezas terrenas sino los sentimientos. ¿Por qué nos hemos de empeñar entonces en creer que para nuestro Dios, quien es Espíritu (Juan 4:24), las cosas que para nosotros valen menos, para Él tienen que valer más? El cristiano más sencillo, pero sincero a la vez, ha de entender que esa manera de interpretar la Palabra de Dios no solamente es absurda mas aún es ofensiva para el Señor.

Es cierto que aquí hay muchas cosas que podemos adquirir con el oro y los valores materiales, pues inclusive para el alimento diario, el vestido y el techo, y todas las demás cosas necesarias para esta vida, se necesita el oro (el dinero) para adquirirlas. Pero el amor que produce la felicidad en un matrimonio y en una familia, nunca se podrá comprar con el oro y las riquezas materiales. La prueba de lo aquí dicho son hoy las multitudes de los “ricos miserables” que abundan en la sociedad que nos rodea. Esos “pobres ricos” tienen lo que es de menos valor, pues no pueden comprar lo que es de mayor valor, como lo es la felicidad verdadera.

también hemos comprobado ahora, a la luz de la misma Palabra del Señor, que *“la ciudad del Dios vivo”, “Jerusalem la celestial”,* es en realidad la misma Iglesia. En todo el maravilloso paisaje de Dios hay solamente dos razones mayores y fundamentales que producen gloria y que son objeto de gloria y éstas son: Dios mismo, y Su Iglesia.

Y así como Dios es siempre UNO, pues *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”* (Hebreos 13:8); *“el pueblo de los santos del Altísimo”* (Daniel 7:27) ha sido en esencia realmente siempre también uno. Por tanto, la maravillosa realidad es que el Dios de la gloria es UNO, y el pueblo de la gloria de Dios es UNO: *“UN CUERPO”* (1 Corintios 12:27); *“UN TEMPLO”* (1 Pedro 2:5); *“UNA ESPOSA”* (Efesios 5:25); y *“UNA CIUDAD”* (Apocalipsis 21:2). Y el *“Señor Todopoderoso (Jesucristo nuestro bendito Salvador), es el Rey de los santos”* (Apocalipsis 15:3). ¡ALELUYA!

Las Piedras Preciosas de la Ciudad

Estando ya libres en nuestras mentes de las “fantasías cristianas”, y despiertos a las verdades sublimes de la Palabra de Dios, pasemos ahora a considerar el significado real de las piedras y metales preciosos de la ciudad celestial. Al leer ya las Sagradas Escrituras y sus simbolismos en una forma realista, entendemos que el tema que nos ocupa no son ensoñaciones para que hoy solamente nos entretengamos con ellas y luego las traslademos en nuestras mentes a un futuro ilusorio. Son verdades tremendas y reales que aplican hoy mismo a nuestras vidas diarias.

En las Escrituras ya citadas podemos entender, sin

hecho de que *“la esposa, la mujer del Cordero”,* es la misma ciudad celestial de la *“Jerusalem nueva”*. Así que por principio de cuentas tenemos que reconocer el hecho de que la Iglesia es la esposa de Cristo el Señor (Efesios 5:23-27), y la ciudad es *“la esposa, mujer del Cordero”*. Entonces *“la santa ciudad, Jerusalem nueva”,* y la Iglesia son la misma cosa. Entonces los integrantes del *“pueblo de los santos del Altísimo”* (Daniel 7:27), los integrantes de la Iglesia, no vamos a andar por las calles de la ciudad, sino que nosotros mismos somos la ciudad.

Esto no es ningún secreto porque a cada uno de nosotros, como miembros fieles de la Iglesia ahora, se nos exhorta diciendo: *“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo”* (1 Pedro 2:5). También dice: *“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo; en el cual, compaginado todo el edificio, va creciendo para ser un templo santo en el Señor: En el cual vosotros también sois juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu”*. (Efesios 2:20-22).

¿Es este edificio del que hablan los apóstoles otro edificio aparte de la ciudad? ¿Acaso podríamos decir que hay dos templos o edificios? La respuesta rotunda a tal pregunta es: ¡Imposible! No es posible que haya dos edificios espirituales, dos templos celestiales de Dios. Pues inclusive, nos dice la Escritura, hablando ahora de nuestra membresía en el templo espiritual que es aquí la Iglesia del Señor: *“Mas os habéis llegado al monte de Sión, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial, y a la compañía de muchos millares de ángeles; y a la congregación de los primogénitos que están alistados en los cielos, y a Dios el Juez de todos, y a los espíritus de los*

justos hechos perfectos”(Hebreos 12:22-23).

La Palabra de Dios no puede ser más clara aquí, pues declara enfáticamente que como miembros ahora de la Iglesia hemos pasado ya a ser parte de *“la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial”*. *“Porque Agar o Sinaí es un monte de Arabia, el cual es conjunto a la que ahora es Jerusalem, la cual sirve con sus hijos. Mas la Jerusalem de arriba libre es; la cual es la madre de todos nosotros”*. (Gálatas 4:25-26). Esta es *“Jerusalem la celestial”, “la esposa mujer del Cordero”*, que está integrada ya desde este presente tiempo de la gracia por *“los espíritus de los justos hechos perfectos”*.

Por tanto, las piedras preciosas que integran *“la ciudad del Dios vivo”, “el templo de Dios”, “Jerusalem la celestial”*, somos cada uno de los santos quienes en todas las edades y en todo lugar hemos servido al Señor *“en espíritu y en verdad”* (Juan 4:23). Por eso dice el Espíritu Santo por Daniel profeta que: *“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan a justicia la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”* (Daniel 12:3). También nos dice el mismo Señor que: *“Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre”* (Mateo 13:43).

Uno de los distintivos que hace especial aquí al oro, es precisamente su brillo. Mas ahora preguntémosnos con una mente libre de interpretaciones prefijadas, ¿Cuál es el oro finísimo que se distingue por su brillo en *“Jerusalem la celestial?”* (Apocalipsis 21:18). ¿Será oro como el precioso metal que aquí en la tierra se conoce como oro? ¡No puede ser! Pues el apóstol Pedro señala muy claramente que el oro que aquí nosotros conocemos es *“oro que perece”* cuando

dice: *“Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece, bien que sea probado con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra, cuando Jesucristo fuere manifestado”* (1 Pedro 1:7).

Se implica por lo tanto, fácilmente, que el oro que aquí conocemos *“perece”*, mas el oro de *“la ciudad del Dios vivo”* es oro imperecedero, *“oro eterno”*. El oro perecedero que aquí en la tierra tiene un gran valor, en la ciudad de *“Jerusalem la celestial”* no tiene ni siquiera lugar, mucho menos valor alguno. Pues inclusive aquí mismo, en donde el oro material vale tanto, se nos dice *“que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la Sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”* (1 Pedro 1:18-19). Leyendo estos razonamientos inspirados por el Espíritu Santo, ¿podremos acaso atrevernos a insinuar, y más aún a insistir, que este *“oro corruptible”* que aquí conocemos sea el mismo que hace brillar a la ciudad celestial? Otra vez la rotunda respuesta es la misma: ¡Imposible!

Pero el espíritu del error y del desvío, operando en la mente humana que a su vez es adepta a ser llevada por la fantasía, ha llenado de toda clase de piedras materiales la imaginación de muchos cristianos al pensar en la ciudad celestial. Operando en tal forma, alimenta las mentes soñadoras de multitudes de cristianos sinceros ciertamente, pero incautos, llenándolos de *“ficciones cristianas”*, y de *“mitologías bíblicas”* que para sueños ilusorios están bien, pero no para que sean aceptadas como la realidad de que nos habla la Palabra de nuestro Dios.

Así como consideramos al principio el verdadero significado de *“las bodas del Cordero”*, entendiendo que la unión conyugal es básicamente y en realidad *“una boda”*,